

CAPÍTULO V

EL HOMBRE DEL CAPOTE

Mientras que escapando á la vez del doble peligro de despedazarse en la isla de la Roqueta ó caer allí en poder del enemigo, el brick español llevaba á don Rafael á la provincia de Oaxaca, donde no tardaremos en hallarlo, el viento conducía el estrépito de un incesante cañoneo, mezclado á los sibidos del huracán.

Las detonaciones partían del fuerte, al menos era cuanto podía conjeturarse en medio de la bruma que lo cubría.

Los grupos de insurgentes formados á la orilla del mar trataban en vano de adivinar la causa.

La diremos en pocas palabras.

Los centinelas apostados en la playa por orden de Morelos después de la partida del mariscal, y de sus balleneras, habían percibido los cohetes de señales disparados por don Hermenegildo para anunciar la toma de la isla de la Roqueta, aunque, como se recordará, aún no estuviere enteramente conquistada.

Según lo convenido entre el general en jefe y el mariscal, Morelos dirigió contra Ocapulco tan violento ataque, que se apoderó de la plaza casi sin derramamiento de sangre.

Aunque el fuerte se sostuviera siempre, la posesión de la isla de la Roqueta haría menos ilusoria la conquista de una ciudad abierta como la que se acababa de tomar.

De la isla, en efecto, sea que la goleta codiciada por Galeana se le hubiese escapado ó no, era posible si no fácil, interceptar los navíos cargados de víveres para el fuerte.

Dueño ya de Acapulco, Morelos se acordó del cura de Carácuaro desairosamente encargado de conquistar una rica provincia que hoy pertenecía casi por entero al General Morelos. Se acordó de sus humildes principios y de su poder actual. Entonces, en un arranque de reconocimiento hacia el Dios de los ejércitos de quien él fuera antes el más modesto de los servidores, resolvió decir una solemne misa en acción de gracias oficiándola él mismo.

Era sobre la ciudad, sobre la catedral misma sobre lo que el fuerte hacía llover granizadas de balas; allí bajo las bóvedas del templo, por una de esas singularidades de la guerra de independencia, Morelos acababa de depositar el uniforme para revestirse de la estola.

Las baterías de los insurgentes respondían al fuego de la ciudadela; y era bajo el espantoso estrépito de la artillería que Morelos, convertido otra vez en sacerdote, celebraba una vez más el oficio divino.

La causa de estas detonaciones no escapó enteramente á Galeana.

— ¡Muchachos! — dijo aproximándose á los grupos formados en la orilla. — Somos dueños de la isla. Nuestro querido general lo sabe por nuestras señales y ataca á su vez Acapulco. Dentro de dos horas la ciudad será tomada si es que no lo está ya: sus cañones cantan el *Te Deum*. ¡Viva Morelos!

— ¡Viva Morelos! — repitieron los insurgentes en coro.

— ¡Eh, señor Lantejas! — dijo Costal frotándose las manos. ¿No le parece que acabo de dar un gran paso hacia el traidor Gago?

Las lanchas de la goleta de las cuales pudo salvarse una y las que habían transportado á la guarnición española de la costa á la isla, reemplazaban bien á las balleteras sacrificadas por el mariscal y les sobrepujaban en solidez.

Al final del segundo día, cesó del todo la borrasca y el mar recobró su calma ordinaria. Aquellas lanchas sirvieron entonces para establecer las comunicaciones entre el campo de Morelos y la Roqueta y para enviar al general en jefe, bajo la custodia de una escolta, á los prisioneros que no quisieron abrazar la causa mexicana, que fué el mayor número. Por lo demás, la ocupación de la isleta se confió á los que la habían conquistado.

Entre los tráfugas europeos que habían engrosado las filas de los insurgentes, había uno á quien era fácil reconocer por gallego, por su rudo acento montañés. Era pues, un compatriota de Pepe Gago, á quien él conocía bien pues antes de ser enviado de guarnición á la Roqueta, formaba parte con él de la de Acapulco. Costal no tardó en hacer amistad con el gallego y en obtener de él, acerca del sargento de artillería, noticias que esperaba aprovechar más tarde.

No eran estos, sin embargo, los únicos servicios que el Indio esperaba de los nuevos reclutas. Pensaba utilizar el conocimiento que sospechaba tenían de las señales convenidas por los españoles con los navíos encargados del abastecimiento del fuerte; y por este medio atraer por lo menos uno ó dos hacia la isla y apoderarse de ellos.

Tres días después de la toma de la isla, Costal fué también el primero en señalar una vela que hacía la ruta de San Blas para Acapulco. Como no podía ser sino un navío español, se apresuraron á izar el pabellón de España en la cumbre del fortín; y al verlo, el buque enarboló en efecto un pabellón semejante. Con vivísima alegría vió la guarnición aproximarse el buque hasta el grado de poder leer, en una de sus evoluciones, las grandes letras blancas pintadas en la popa.

Era el *San Carlos* y los españoles tráfugas lo reco-

nocieron por ser uno de los que se esperaban en la fortaleza, con tanta más ansiedad cuanto que se hallaba cargado de víveres y municiones. Los insurgentes tenían buena provisión de estas últimas; pero los víveres estaban á punto de faltar.

El navío se aproximó sin ninguna desconfianza al parecer; pero el capitán era un viejo lobo de mar que sabía que la suerte de las armas es variable; y que en la guerra, si las plazas no cambian de posición, pueden con frecuencia cambiar por lo menos de ocupantes.

Así pues, mientras todos se alegraban en la isla por la próxima captura, el *San Carlos* se puso al paio de repente; y vióse izar, al lado de la bandera española, un segundo pabellón azul celeste, con tres estrellas de oro. Hecho esto, pareció que en el buque esperaban que en la isla se hiciera la señal correspondiente.

Esa señal misteriosa del navío, era hebreo para los insurgentes, y desgraciadamente sus nuevos soldados no la comprendieron tampoco. Su único recurso fue izar á su vez, otro pabellón español al lado del primero; y si hubiesen tenido diez, todos los habrían hecho flotar al mismo tiempo en la punta del asta de señales, tanto deseaban probar que verdaderamente eran españoles, pero no tenían más que dos. Sin embargo, á fuerza de buscar se encontró en un rincón del fortín un despojo de estameña roja con un pedazo de lo que en otro tiempo debió haber sido un sol de oro y que parecía corresponder admirablemente á las estrellas del *San Carlos*.

Sin embargo, antes de arriesgar una respuesta hecha al azar, Galeana creyó prudente que el gallego de que se ha hablado, avanzara sobre la playa. Este obedeció; y formando con sus dos manos un portavoz, gritó con la energía de su rudo acento montañés:

— El comandante de la isla manda decir al capitán del brick, que tendrá mucho gusto de verlo venir á tierra para confiarle un mensaje de la más alta importancia.

El capitán del barco se mostró sobre el puente. Era un marino de cabellos grises y con aire circunspecto.

Su portavoz envió tronando, la respuesta siguiente :

— Desearía antes dos cosas : la primera, que el señor comandante me hiciera el honor de repetirme su invitación él personalmente ; la segunda, que contestara mis señales de otro modo que enarbolando un segundo pabellón nacional.

El gallego pasóse la mano por su espesa cabellera.

— Señor capitán — dijo — en estos tiempos de vuelta, no se sabría mostrarse bastante buen patriota.

— Es verdad — replicó el capitán.

— El comandante de la isla tendría mucho gusto de daros la bienvenida — replicó el gallego — pero á causa de una gravísima indisposición, los médicos le prohíben exponerse al aire y al sol. En cuanto á las banderas de señales, aunque cayó un rayo durante la pasada tempestad en la caja en que se guardaban y no nos quedan sino los restos de una sola...

— Presente Ud. mis sentimientos de condolencia al comandante — replicó el capitán del buque con tono zumbón ; y si tiene alguna comisión para don Pedro Vélez, yo me encargaré de ella con mucho gusto.

— Esperad pues. El pabellón que nos queda es precisamente el bueno ; y tan luego como lo veáis flotar, toda mala inteligencia entre nosotros cesará. Probemos la fortuna — agregó á media voz dirigiéndose á sus compañeros.

Al concluir de dar esta respuesta, con aire de seguridad perfecta, el gallego gritó con voz estentórea que se izara el pabellón del sol de oro ; y pocos instantes después, el trapo mutilado flotaba al lado de las dos banderas españolas.

El capitán del *San Carlos* enfocó su anteojo hacia el jirón de estameña de azul y amarillo que se desplegaba al viento con todo el orgullo de un pordiosero castellano ; y todos esperaron con ansiedad el resultado de su examen. El gallego no se había equivocado al asegurar que toda mala inteligencia desaparecería á la vista de su señal, pues, así como las estrellas desaparecen ante el

sol, el pabellón estrellado se arrió bruscamente. Luego, para probar que en efecto el capitán no conservaba duda alguna, el brick volvióse de flanco y arrojó sobre la isla una granizada de balas, una de las cuales partió en dos al desgraciado gallego.

Un grito unánime de cólera y de venganza lanzado por todos aquellos hombres, respondió al brutal procedimiento del capitán español que se les escapaba ; y la voz de Galeana dominó el tumulto gritando :

— ¡ Al abordaje !

Uniendo la acción á la palabra, don Hermenegildo saltó á una de las lanchas atracadas á la playa ; y en un instante se llenaron todas de soldados animados del espíritu del cazador hambriento que ve escapársele su presa.

Costal con su fiel Clara, se lanzó rápidamente á la del mariscal. Era ésta una embarcación larga, estrecha y ligera cuya superior marcha y cuya solidez habían sido ya reconocidas por el Indio. Lantejas quiso, pero inútilmente, tomar asiento al lado de sus habituales compañeros : ya la lancha se hallaba repleta y fuéle forzoso colocarse en la primera que pudo.

Toda esta maniobra no pudo realizarse sino con alguna lentitud ocasionada por la misma precipitación, de manera que cuando se dió la señal de partida, ya el brick español con las velas hinchadas por la brisa, se encontraba á alguna distancia.

Don Cornelio no se veía sino con viva repugnancia, expuesto otra vez más sobre el peligroso elemento que estuvo á punto de serle tan fatal ; y aún más, el combate naval estaba enteramente fuera de sus hábitos. Sin embargo, también en él prendió el entusiasmo general y dejóse arrastrar con placer á la contemplación del espectáculo que ofrecía la pequeña flota.

El sol próximo á caer, comenzaba á teñir de púrpura y de oro, la taza inmensa en que volaban, emulándose las unas á las otras, seis lanchas cargadas con sesenta hombres que ardían en deseos de vengarse.

El *San Carlos* proseguía ante ellas su rápida marcha.

Los rayos oblicuos del sol se reflejaban en llamas de fuego sobre el cobre de su forro y sus mástiles hallábanse cubiertos de una nube de velas blancas. Dijérase que era cigüeña de pies rojos y de plumaje de nieve hendiendo el agua de las lagunas. De todas las lanchas partían hurras como los que lanzan los cazadores que persiguen al gamo en la llanura. La quilla de las lanchas surcando el mar, arrojaba haces de espuma sobre la superficie azul; apostaban á quien llegase primero para prenderse á los flancos del brick español. Unos encorbaban sus bayonetas para transformarlas en ganchos de abordaje; otros, éstos eran los costeños de Galeana que jamás se separaban de sus lazos, los hacían volar por encima de sus cabezas, listos para lanzarlos á los cordajes para saltar á bordo.

Entretanto, la distancia que separaba á los insurgentes del *San Carlos* disminuía poco á poco. Acababa de lanzar una andanada contra las lanchas; pero sus cañones menos bien dirigidos que la primera vez, no arrojaron sino balas inofensivas que, silbando por encima de las cabezas de los mexicanos, fueron á perderse en el agua. Esta maniobra que le obligara á presentar el flanco para descargar su artillería, suspendió su marcha por algunos momentos lo que permitió á las lanchas ganar alguna distancia. Innumerables silbidos y burlas ultrajantes acogieron con desdeñosa ironía, la inútil descarga del brick.

Ya los bastiones del fuerte principiaban á aparecer en lontananza cuando de la lancha del mariscal que se encontraba adelante de las demás, Costal lanzó un grito y señaló un incidente imprevisto que fué bien pronto conocido de todo el mundo.

Mientras que el *San Carlos* huía, ó por mejor decir, trataba de llegar lo más pronto posible al término de su ruta, las alturas del castillo se coronaron de espectadores. A lo lejos, la playa inmediata al campo de Morelos, se había cubierto también de soldados que, faltos de medios de transporte no podían sino hacer votos en favor

de sus camaradas. De repente aparecieron seis canoas españolas que doblaron la punta del fuerte dirigiéndose al brick para prestarle auxilios.

El grito de Costal anunciaba la aparición de aquellas barcas enemigas; la lucha que iba á empeñarse, era el espectáculo al cual asistían los soldados de la ciudadela y los de Morelos. En vista del inesperado refuerzo que recibía el brick, todas las barcas mexicanas, á una seña del mariscal, se apresuraron á reunirse á la lancha que lo conducía, para recibir sus órdenes.

Ya era empresa demasiado temeraria intentar el ataque de un buque de guerra á la vela que podía echarlas á pique, con ligeras lanchas faltas de artillería. Las auxiliares que se destacaban en ayuda del buque, hacían la empresa más temeraria todavía.

Se formó un consejo tan rápidamente como lo permitían las circunstancias.

— Capitán Lantejas, ¿cuál es su opinión?

— Si la temeridad es frecuentemente causa de la victoria... respondió el capitán con alguna perplejidad...

— ¡Bien! su opinión es atacar, lo sé — exclamó Galeana interrumpiendo á don Cornelio que no atreviéndose á desmentir al mariscal, hizo un movimiento afirmativo con la cabeza. — ¿Y Ud., don Amador? — preguntó á un segundo oficial.

— Yo soy de opinión que la más vulgar prudencia aconseja la retirada, respondió don Amador.

Galeana frunció el entrecejo.

— ¿Su opinión, capitán Salas?

— ¡Batirnos en retirada! — exclamó Salas — es decir, huir! ¿Qué pensaría nuestro general que extrañará sin duda de que deliberemos cuando los hombres de corazón no saben sino obrar? ¡Ataquemos!

Numerosos vivas acogieron las palabras de Salas.

— Mi opinión se cuenta por dos — dijo el mariscal. — ¡Ataquemos pues! Somos cuatro contra seis. ¡Adelante y viva Morelos!

El mariscal con frecuencia cortaba así, sin ceremonia,

las cuestiones de esta naturaleza y nadie pensó en protestar contra su decisión. Las barcas enemigas avanzaban por lo demás con tanta rapidez que su reunión al brick hacía inevitable el combate, aun en el supuesto de que los mexicanos tuviesen la idea de rehuirlo.

— ¡Atención señores! — exclamó Galeana. — Presentemos la proa y dispersémonos. El brick se prepara para hacernos una descarga con sus cañones.

El *San Carlos* presentaba en efecto el flanco; una nube de humo brotó de sus claraboyas; se oyó una fuerte detonación y las balas surearon el agua silbando. De repente don Cornelio exhaló un grito.

— ¿Está Ud. herido, don Cornelio? — gritó Galeana.

Antes de que don Cornelio tuviera tiempo de responder, una ojeada del mariscal le convenció de que el ex-estudiante se hallaba sano y salvo.

Un cuerpo mutilado se postraba al lado suyo: era el del capitán Salas á quien una bala acababa de llevarle la cabeza. Don Cornelio limpiaba la sangre que había saltado sobre él.

— ¡Capitán del diablo! — dijo el mariscal designando al *San Carlos*. — Amigos míos, vengüemos al bravo Salas! ¡Adelante!

La lancha que conducía al mariscal, al Indio zapoteca y al negro, se lanzó rápidamente á la cabeza de las demás lanchas, entre un grito universal de dolor por un oficial cuya bravura le hacía querido y que era el primero en sufrir la pena de la temeridad que había aconsejado. La descarga fatal del brick español, que tomó de nuevo su camino, no hizo sino animar á los insurgentes. Los remeros se encorvaron sobre sus remos y las barcas, alineadas en fila, lucharon á quien primero llegase, cual si se tratase de una regata en un lago.

Aunque el capitán Lantejas no tuviera el temperamento guerrero, el entusiasmo general prendió en él como lo hemos dicho ya. Animado por la idea de que iba á combatir en presencia de la muchedumbre numerosa y amiga que se apiñaba en la playa, excitado por las fan-

farrias que enviaban al viento los clarines y las trompetas de la orilla y del fuerte, una noble emulación se apoderó de él y por la primera y única vez de su vida, concibió la salvaje y acre voluptuosidad del soldado que se complace en medio de la carnicería. Entre el ruido de aquellas fanfarrias y en medio de clamores guerreros, las barcas mexicanas saltaban sobre el mar. Proseguían su rápida carrera, cuando se vió á las seis lanchas españolas colocarse en fila á lo largo del brick como para protegerlo contra el ataque de sus enemigos.

De repente, de la lancha almirante (llamamos así á la que montaba el mariscal) partieron los gritos de « ¡el hombre de la bayeta! » que llamaron la atención de don Cornelio hacia la barca en que se hallaba el hombre así designado. Pero el capote azul obscuro con que se cubría, impedía distinguir sus facciones.

Aquel misterioso combatiente fué en el acto objeto de las más absurdas suposiciones. Los unos pretendían que las precauciones que tomaba para ocultar su rostro eran el cumplimiento de una penitencia impuesta por su confesor; los otros sostenían que era un personaje importante de la corte de Madrid y algunos llegaban hasta suponer que era el mismo rey de España.

Fuera lo que fuese, la lancha de Galeana abandonó bruscamente la fila para avanzar en diagonal hacia la barca en que se hallaba el hombre de la bayeta, como si en realidad aquél hubiera sido un enemigo de mayor importancia que los otros. Esa fué la señal de ataque.

Nuevas tocatas del fuerte y de la playa saludaron al disco rojo del sol que desaparecía en el mar, cuyas aguas tomaron de repente un tinte lívido. El estrépito de una viva fusilería, ahogó bien pronto el ruido de la música guerrera; y bajo un dosel de humo blanco, entre los gritos de aquellos á quienes las balas arrojaban heridos ó muertos al fondo de los botes, las lanchas se lanzaron las unas contra las otras y los combatientes se agarraron cuerpo á cuerpo. El combate fué corto pero encarnizado.

Por la primera vez vióse á los costeños servirse de su

formidable lazo en una batalla naval; y si los insurgentes los hubiesen tenido en mayor número, toda la ventaja habría estado de su lado, pues antes de que la lancha que montaba don Cornelio hubiese tocado á la barca contraria, tres enemigos habían sido bruscamente enlazados y precipitados al mar.

De una y otra parte cada hombre estrechaba á su enemigo; se combatía con armas blancas que hacían silenciosa y terrible tarea. De repente, gritos que partieron de la muchedumbre que coronaba la cima del fuerte, á los cuales contestaron los gritos de los soldados de Morelos apiñados en la playa, anunciaron un incidente nuevo. En el mismo instante el furor cedió plaza al asombro; como por encanto, el combate se suspendió, las barcas se desprendieron las unas de las otras y se alejaron. Era una tregua tácita. Jadeantes de fatiga, los combatientes descansaron; y hasta donde lo permitía un resto de la claridad del día, pudieron reconocer la causa de los gritos que los habían separado.

Acoderado bajo las murallas de la fortaleza, el brick español, puesto al paio, izaba desde sus bordas el último saco de la harina que traía para aprovisionar á los sitiados. Mientras que los insurgentes derramaban inútilmente su sangre y sus enemigos al menos combatían para procurarse los medios de proveer á su subsistencia, el *San Carlos* había hecho tranquilamente su descarga; y los mexicanos tuvieron el disgusto de verlo alejarse á toda vela y bien pronto desaparecer entre la bruma de la tarde.

Sin embargo, de las seis barcas que componían la flotilla, una sola no cesaba de combatir: era la lancha almirante. Esta lancha llevaba á Galeana y á Costal, compañeros de Lantejas, caros á él por más de un título; el Indio, sobre todo, su habitual salvador. Herido ligeramente en la cabeza, no pensaba don Cornelio sino en su herida; y sus miradas seguían ansiosas la lancha del mariscal.

La obscuridad no era aún bastante densa para impedirle distinguir llenos de vida á Galeana, á Costal y al

negro, empeñados en la persecución del enemigo que huía á todo remo. Lantejas reconoció también perfectamente al hombre del capote.

Al mismo tiempo, las cinco barcas españolas que esperaban el fin que se habían propuesto (el avituallamiento del fuerte) forzaron igualmente sus remos para alejarse. Las rechiflas acompañaron á los fugitivos y muchos quisieron perseguirlos; pero la muerte del capitán Salas dejaba el mando al capitán Lantejas; y en ausencia del mariscal, éste dió orden para marchar en auxilio de este último.

El ardor de los remeros por volar en socorro de su general, les aproximó rápidamente á su lancha. Galeana acababa de atacar y de abordar la lancha enemiga y don Cornelio fué testigo de una corta y sangrienta lucha. Vió á don Hermenegildo venciendo, según su costumbre, á todo enemigo que tocaba; vió también por un instante á Costal abrazado con el hombre del capote y luego á este último lanzarse al mar y ganar la orilla. Costal, prendido entonces por los remeros tuvo que luchar desesperadamente contra ellos; y Lantejas le vió al fin desprenderse de sus garras y saltar al agua como un furioso en persecución del misterioso personaje.

— ¡Ah! exclamó uno de los insurgentes — este pagano de Costal trata de saber quién es el hombre de la bayeta.

— Quiere el rescate del rey de España — dijo otro.

Los mexicanos se hallaban á muy corta distancia de Galeana, cuando lo distinguieron saltando con sus hombres en el bote enemigo; y en el momento en que se acercaban, el último español caía apuñaleado al mar. El mariscal volvió á su lancha, lanzó desdeñosamente con el pie el bote vacío y lo dejó flotar á la ventura.

— ¿Y Costal? — exclamó don Cornelio. — ¿En dónde está?

— ¡Ah! ¿Es Ud. capitán? — replicó el mariscal cuando la embriaguez de la batalla le permitió reconocer á Lantejas. — Pues bien: Costal está de caza: parece un sa-

bueso mal adiestrado que se deja arrastrar por su ardor.
¡ Véale !

Y en tanto que Galeana hablaba, pudo distinguirse vagamente una sombra confusa que ponía pie en la playa; y luego otra forma también indecisa alzarse sobre la arena y arrojarse tras la primera.

CAPÍTULO VI

EL PUENTE DE HORNOS

El ardor con que el Indio se ponía en persecución del hombre del capote, parecía justificar las suposiciones que los insurgentes se daban el gusto de formar acerca de aquel misterioso personaje.

— ¿Lo ha visto Ud. de cerca? — se preguntaba por todas partes á los que habían acompañado al mariscal.

— Hubo un instante en que se le resbaló el capuchón sobre los hombros — respondió uno de los soldados — pero se lo recogió tan luego que apenas pudieron verse sus facciones.

— ¿Qué cara tiene?

— Una cara como la de todo el mundo.

— ¿Y no le ha dicho Costal que lo persigue, lo que creía del hombre de la bayeta? — replicó otro soldado.

— No; pero sus ojos brillaron con tanta alegría, que me hace creer que es un príncipe de la sangre, de la familia real.

— Este pagano de Costal se ganará un magnífico rescate — añadió un tercero.

Solamente Galeana y Lantejas no participaban de esta curiosidad. El primero interrumpió las conversaciones dando la orden de regresar á la isla; y el segundo se